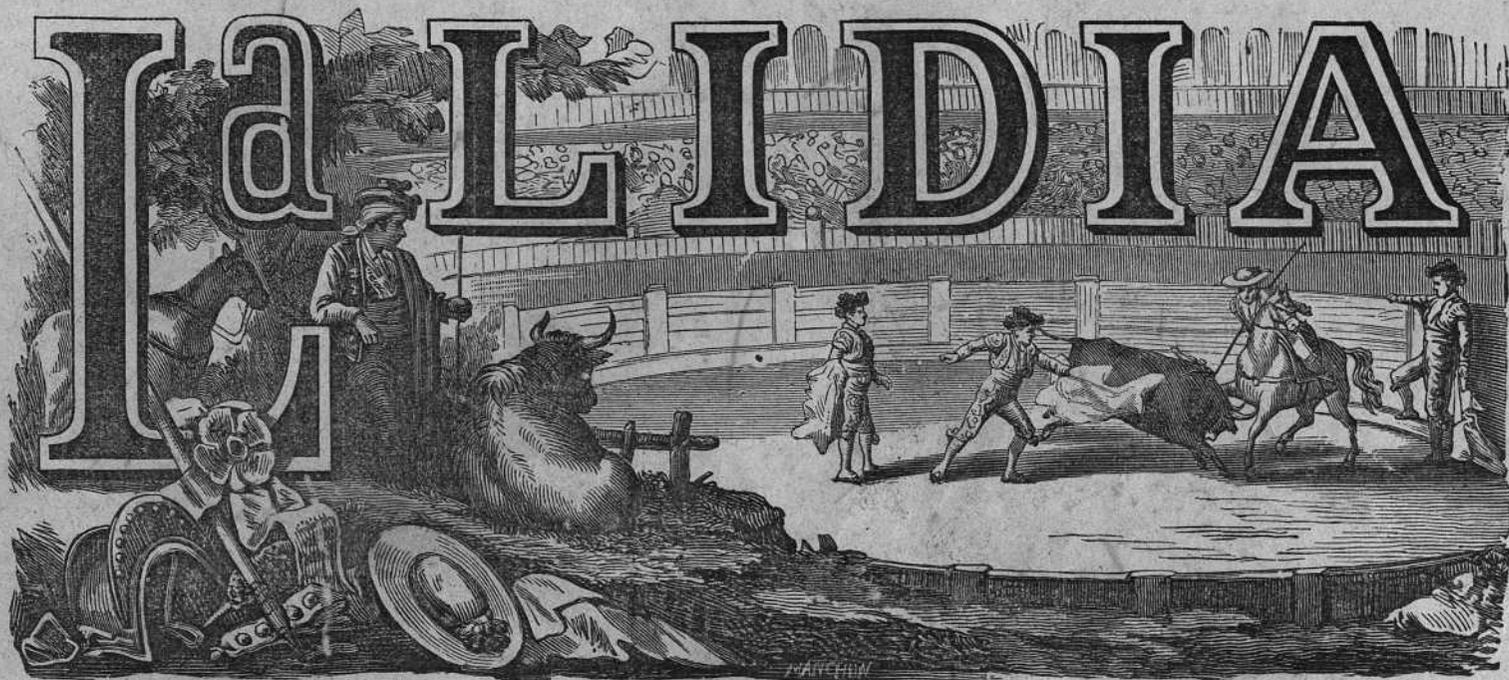


NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

## REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente dia de verificada la corrida.

0

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

### NON POSSUMUS.

Por tercera vez nos obliga el público a hablar en latin. Agradecemos a ciertos aficionados, y sobre todo a varios maestros en la profesion taurómaca, los originales que nos envían para su insercion.

Sentimos no poder dar cabida de tan interesantes trabajos en nuestras columnas, dispuestos, como estamos, á que todo lo que aparezca sea de nuestra *Redaccion*.

Si insertáramos todas las cuartillas que nos han enviado en colaboracion, no serian bastante 30 números en gran tamaño de nuestro periódico.

LA LIDIA atiende todas las opiniones, todos los juicios, todas las criticas mesuradas y justas; pero por la *opinion*, el *juicio* y la *critica* de *Alegrías*, su redactor en Jefe.

### PAN Y TOROS.

La prensa política de estos dias se ocupa con insistencia de la triste situacion por que Andalucía atraviesa, del atraso de nuestras escuelas y del fanatismo que por el contrario en el pueblo despierta la afición a los toros, muy en contraposicion de lo que podia esperarse de un país que toca penosamente los primeros sintomas de su decadencia.

A la sombra del adusto edificio que en forma de circulo se levanta como templo pagano de la diversion y la alegría, la modesta escuela no puede sostener sus mal cimentados muros, dicen ellos... casi el mismo eco repite el báquico resonar de mil diferentes voces que aullan victoreando una soberbia estocada, y las tristes exclamaciones de una familia desolada á quien la falta de lluvia privó del trabajo y el fantasma del hambre acercose á sus puertas con precipitado paso.

La garrulería de ciertos filósofos sigue llenando las columnas de la prensa con estas ó parecidas observaciones... asistimos a los últimos instantes de una sociedad decrepita; al modo de la antigua Roma, y volviendo á los tiempos del infortunado esposo de Maria Luisa, nuestro pueblo apenas piensa que en satisfacer su sed de goces con la bárbara emocion de los

espectáculos, menospreciando los altos intereses de su vida política y el papel que le es dado llenar en la esfera de su instruccion.

Las palabras se adulteran, los dieterios se agotan, las exclamaciones se multiplican, y todo ¿para qué? Digámoslo con franqueza: para escudar nuestros propios defectos, la facuria de nuestros gobernantes, ciertos vicios aún no expurgados de nuestra historia con el timento de nuestra fiesta nacional.

Los propaladores de estas doctrinas abogan, sin embargo, por la sana moral que despide el arte escénico, por el lujo de fuerzas que ostenta la naturaleza humana entre las paredes de un circo ecuestre.

¿Quereis cultivar vuestro sentimiento, repiten todos á coro, disponer vuestra inteligencia para todas las concepciones de lo bueno? allí está el baile; el desnudo os abrirá las puertas de lo bello y el canto resonará en vuestra alma con los acentos del ideal... Y en efecto, aquel arte lírico-italiano educa la pasion del animo, casi le dulcifica con los acordes de sus melodias... pero ¡ay! á cambio de un espíritu que se amortigua, de un cuerpo que se quema en la fiebre del deseo, al sentirse rodeado de aquellas vivas luces que ponen en combustion los sentidos exaltados por algo de belleza saturada de sensualidad.

No somos enemigos del arte lírico; pero ¿á qué medir la cultura de las sociedades, por el desarrollo de ciertos espectáculos y censurar en cambio nuestro atraso por el timento de las corridas de toros, fiesta popular que simboliza un carácter, que particulariza una raza, que, como en el escudo de los antiguos caballeros, puede muy bien representarse la hidalguía al lado del valor y la bravura en maridaje con la inteligencia?

Cansados estamos ya de que la pasion por nuestro espectáculo se critique, al par que el bárbaro afán de los romanos por las luchas del Circo... ¿No hay acaso diferencia entre el instinto salvaje de la fiera que agota la saciedad de su ira contra la pobre victima maniatada á sus piés, á esa noble lid del toreo, en que la ceguera del coraje cede plaza á la inteligencia, el furor á la habilidad, el peligro á la destreza?...

Y ¿á qué mencionar la triste época de Carlos IX?...

Caractéres degradados, almas rebajadas por la sórdida avaricia forman el núcleo de las altas personalidades políticas; la ignorancia de abajo hace que el vicio cunda en todas las esfe-

ras; hasta por muchos llega á perderse el amor de la patria, el *afrancesamiento* de los ménos es el principio de una lastimosa llaga social.

En medio de esta corrupcion incipiente, el españolismo, representado por un excesivo amor á nuestras fiestas y costumbres, se desborda en el corazon patrio, y ya es la aristocracia con sus aficiones populares, ya la manola y el chispero como genuina manifestacion del alma del país, los que juntos reaniman con la pasion por la fiesta taurina ese secreto impulso del valor, resorte el más poderoso de nuestra historia.

Junto á la dama afrancesada, la manola es el tipo español que mantiene nuestra nacionalidad; cuando los soldados de Bonaparte inundan las calles de Madrid, los chisperos se encargan de llegar al heroismo, combatiendo al ejército invasor, que intenta arrebatarnos nuestra independencia.

¡Pan y toros! gritan entonces escandalizados varios pensadores al ver cómo la afición cunde, las plazas se acrecentan, los maestros del arte son considerados, y aristocracia y pueblo se confunden en una aspiracion general.

¡No lo extrañeis, escritores y filósofos!... Al lado de aquella Corte rendida al extranjero, de varios aristócratas haciendo la causa del rey José, hállanse como los antiguos griegos congregados por sus juegos olímpicos, la parte sana y legítimamente española del país, asistiendo á un espectáculo que por lo ménos presta virilidad al espíritu, y que, á semejanza del himno nacional, despierta en el ánimo el sentimiento adormecido de la Patria.

No son iguales los tiempos.

Optamos por que el trabajo se multiplique, el taller se ensanche, las inteligencias se ilustren, la escuela sea el primer santuario del hogar... Pero... ¿qué obsta, para estas legítimas aspiraciones de nuestro tiempo, que al par que la escuela prospere, foméntese también nuestro viri espectáculo?...

Sea el *pan* el símbolo regenerador del trabajo; el interés que estimule la actividad humana para todas las empresas; personifique para nosotros el modo de obtenerle el esfuerzo de la inteligencia y el impulso dado á la máquina del progreso.

Sean los toros la grata satisfaccion del ánimo, que busca en espectáculos viriles y nó lascivos la hora señalada del descanso, y el grato solaz con que el alma, templada en el valor, busca un rato de sosiego en las tormentas frecuentes de la vida.

LA LIDIA.



JOSÉ LARA

(Chicorro).

Nó, aficionado lector; no es posible que hayas concebido más justas esperanzas del porvenir de un hombre, que del porvenir de este torero hubieras podido formarte al verle trabajar junto á las reses á su regreso de América.

Parecía que el arte había tomado viva encarnación en aquel espíritu y que el cuerpo adoptaba todas las formas precisas para representar su alma.

Ni sobrado alto, ni bajo de estatura; de proporciones regulares en sus carnes; ligero, fuerte, moreno, de tez surcada por prematuras arrugas, ojos expresivos y audaces, nariz aguileña, labios gruesos y casi siempre ondulados por una ligera sonrisa... el matador á que nos referimos reunía todas aquellas condiciones físicas que al toreo casi há menester, como há menester también el artista en el Teatro la culta elegancia en todos sus modales y la corrección estatuaria en los rasgos más pronunciados de su semblante.

Le tratamos con intimidad cierto día en que los duques de Sajonia se empeñaron en presenciar el encierro de unas reses que habían de lidiarse aquella misma tarde en la Plaza de Madrid, é invitados por la Empresa él y Frascuelo asistieron con S. M. el Rey á reseñar los accidentes más característicos de aquella operación.

Dos horas más tarde abriéronse las puertas del Circo taurino. Chicorro propúsose manifestar á sus Excelencias que no en balde le habían tendido con cariño aquella mano de Altea.

Al terminar la corrida, Frascuelo nos decía... ¡Cuánto se puede esperar de este tercer espada!

Jugáronse toros de Miura... Lara había tomado el tercero con su capote, empleando seis verónicas y una navarra; habíanos hecho recordar con su trabajo toda la majestad y limpieza que solo Dominguez y Sanz han podido llevar con el trapo á la cara misma de los berrendos. Minutos antes se había provisto de una garrocha, dando con ella el salto más limpio y mejor ejecutado que puede consagrarse en los anales de una tauromaquia.

Ordenó el Presidente el cambio de suertes y... ¡qué par de banderillas al quiebro, cambiando en la misma cabeza del miureño!... ¡qué nuevo par de á cuarta, colocado y prendido sobre las mismas péndolas!... Con la muleta despues, no dejó de rayar á la misma altura; pases de *floreo* y de castigo, naturales ceñidos y enteros, tres en redondo acompañados de un cambio... una gran estocada á *vola-pié* para rematar dignamente la obra... ¡qué ovación!... ¡de qué entusiasmo más justo llegó á poseerse el espectador!

Los duques de Sajonia arrojaron al redondel una petaca que contenía un billete del Banco... ¡fue una de las pocas veces en que el público de Madrid iba á pedir que la oreja del animal fuera lanzada al aire por el aplaudido matador.

No há muchos días recordábamos estas transitorias hazañas de las esperanzas de nuestra fiesta nacional con el espada Rafael:—*¡Qué lástima, nos decía el afamado diestro: Jaqueta estaba llamado á quitarle los moños á más de cuatro* (copiamos sus palabras) *y el pobre perdió la cabeza... Chicorro nos hubiera hecho apretar las ligas á todos los que vestimos de torero y... perdió el corazón!... ¡Quién se fia de esperanzas?*

¿Qué significa esto? ¿Por qué con toda intención hemos traído á conocimiento de nuestros lectores las dos opiniones que sobre Chicorro versan, procedentes cada una de los matadores más afamados de nuestros días?

Hemos querido que ellos hablen por nosotros, y que, antes de emitir nuestros modestos juicios, vayan éstos sancionados por una imparcialidad digna del más perfecto compañerismo.

Y es cierto... El torero gaditano, cuya biografía ó retrato moral estamos diseñando, ha sido una de las mayores y más legítimas esperanzas que el público ha podido concebir en la arena del redondel. Cuantas suertes adquirieran importancia en manos de otros diestros, él las ha ejecutado con la mayor limpieza... Con *hechuras* de torero y alma de torero también, Chicorro estaba llamado á figurar en los primeros carteles, á ser envidiado por las mejores Empresas, á ser aplaudido por todos los públicos...

Hemos dicho *alma de torero*, y no nos hemos atrevido á decir *alma de matador*... ¿Qué es esto?... ¿Por qué á Lara apenas le vemos figurar en Plazas de primer orden? ¿Cómo ha consentido que medianías le sobrepujen, escasas facultades le venzan y

el asta de la fiera esté siempre amenazando su azarosa vida?

Dispensadnos, lectores queridos, lo prolongado de estos apuntes; que al retratar la vida de un torero nos referimos con especialidad á él, y en términos generales á todos los que se sienten llamados en su interior por la voz misteriosa del arte...

José Lara y Jimenez nació en Algeciras el mismo día del Santo que lleva su nombre, año 1839.

Aplicáronle sus padres á las faenas del matadero, siendo este sitio, por decirlo así, la escuela en que empezó á deletrear sus primeras lecciones: las varas destinadas al sacrificio y los toros de desecho, entregados también á la última faena del cachetero, fueron maestros de su preparatoria enseñanza.

Allí se le llamó Chicorro.

De la escuela se matriculó en el Instituto.

Manuel Diaz (*Labi*) fué su profesor. En Lima, capital de importancia en la República del Perú, se dió á conocer como hábil diestro, logrando muchos aplausos por el riesgo y limpieza en la ejecución de sus varias suertes.

Veinte años tenía entonces, y ya el malogrado *Labi* permitía que su jóven discípulo saludara á las reses con la muleta y las matara con el estoque.

En la isla de Cuba siguió perfeccionando su escuela, acostumbrándose á tratar de cerca á los que más tarde tantos aplausos y disgustos debían proporcionarle.

En 1865 regresó á España. Un año más tarde formaba parte en la cuadrilla del *Gordito*, junto al que permaneció tres años adelantando tanto, que el célebre diestro llamábale *su mejor discípulo*. De manos de éste recibió Lara la alternativa en Barcelona el 24 de Setiembre de 1868.

Pasó á la Universidad.

Madrid le confirió la borla de doctor el día 11 de Julio de 1869.

Desde entonces ha venido toreando en varias Plazas de España; en unas ha dejado gratos recuerdos de su nombre, en otras la desgracia le ha perseguido hasta llevar su cuerpo lacerado de heridas y su ánimo conturbado por las manifestaciones del público.

Altivo, pundonoroso, siendo una excelente persona, su dignidad moral ha debido y debe reconocerse rebajada al trabajar en Plazas que solo son patrimonio de los humildes; su nombre debiera figurar en primera línea y la Plaza de Madrid le ha cerrado sus puertas.

¿Podrán nuestras palabras iluminar un tanto más esa inteligencia, sorprender en su ánimo los resortes más aquilados del valor, y al modo del Rey normando del cuento, indicar al referido espada lo que aquél decía á uno de sus capitanes?

*Despierta, Rolando, y llama  
ese corazón dormido...  
que tú para algo has nacido,  
según publica la fama.*

No se trata de falta de facultades, ni de disposición, ni de inteligencia... todo sobra en el alma de Lara, con la particularidad de que su arte reviste los caracteres de la belleza, cuando la maestría obra y el miedo vive á respetuosa distancia del corazón.

Ya lo hemos dicho.

—Aceremos un tanto más ese corazón del diestro; templemos esa alma con la temeridad, que es á veces la virtud más preciada del lidiador de reses; suprimamos aprensiones tontas é injustificadas; hagámosle llegar más á los toros con la confianza de que el miedo es su mayor enemigo; digámosle que aquella res de pelo negro, como el azabaché, es tan inofensiva como el *jabonero*, que ostenta el color blanquecino de su pelo; digámosle al lidiador cuatro frases al oído para que su ánimo se aquilate en la conciencia de su propio valer, y ya tenemos la esperanza realizada; el diestro olvidado en el puesto que le toca ocupar; las palmas resonantes en sus oídos y el nombre de *Chicorro*, figurando con letras doradas en los carteles.

Sabe jugar con el capote junto al testuz de la encolerizada fiera; sabe arrancarse en banderillas, imitando los buenos tiempos de su maestro el *Gordo*; coloca banderillas de á cuarta; cita, desafia, apunta la garrocha, brinca, abandona el palo, cae con singular destreza; salta al trascuerno; maneja la muleta empleando pases de recurso, y termina algunos de ellos, como decía *Pepe-Hillo*, «quedándose bravo y bello en la suerte;» lía y se coloca en su terreno... mas ¡ah! ¿por qué ese recelo tan extraño, ese pavor tan injustificado cuando ha llegado la hora de *tocar los rubios* con la empuñadura del estoque?

Entonces el matador citado tiembla, y se recela y acobarda... Colócase á gran distancia; necesita tres pasos para llegar á jurisdicción; la muleta huye pegada á su cuerpo; el animal prosigue al doble bulto que huye delante de su faz; el matador apenas profundiza medio estoque, y la terminación de la suerte resulta pálida, *súcia*, sin distinción, sin el debido arte...

Los silbidos del público roban el valer de las anteriores palmadas... las suertes empleadas con anterioridad resultan deslucidas, y el matador queda, dicen algunos, postergado al *torero*... ¡funesto error!..

¿vais á reparar estas dos palabras?... El *Gordo* habrá podido representar esta notable excepción... ¿pero acaso el público puede dividirlos en su mente y silbar á medias en una condición lo que aplaude y se entusiasma con la otra?

Figurémonos despues de tan lindas y bien ejecutadas suertes... de un capeo maestro, de unas banderillas al quiebro, de un salto primoroso de garrocha, de un gran trasteo... una soberbia estocada... ¿qué más podríamos exigir de José Lara?... Y sin embargo, él tiene, como los enfermos del corazón, sus gratos goces en las llanuras y teme aborregar las empuñadas cuestas.

¿Si algún día se determinara á subir!...

Porque no basta querer, y querer una vez; es preciso que el diestro resulte igual en su trabajo, y las malas estocadas, como las negras tormentas, sean las solas excepciones en el cielo purísimo del arte.

Hablemos técnicamente.

El diestro en cuestión lía en toda regla, pero sitúase fuera de *jurisdicción*; arranca de largo sin acuerdo ninguno de la muleta que lleva aprisionada en su izquierda; necesita dos pasos para engendrar la suerte, y el toro se descompone indefectiblemente durante este largo viaje que emplea el matador antes de herir. Resultado: que la estocada concluye corta y atravesada; que los piés intervienen más que los brazos en el remate de la suerte; que el asta derecha del animal busca el objeto que huye de su lado, y las cogidas menudean y se multiplican junto á aquel costado, por el que á veces se ha creído pudiera despedirse la vida.

¿Pueden estas imperfecciones obtener algun arreglo?

De la biografía del diestro nos hemos aprovechado para exponerlas. Dejamos en olvido varias otras suertes en las que ningun reparo hemos de poner, pues nuestros plácemes van con ellas y nuestros aplausos á Lara, que sabe primorosamente ejecutarlas.

Si al líar se para, acorta el terreno, *no viaja*, prepara la salida, quiebra con el trapo, toca los rubios y consume la suerte... la diosa *Esperanza* habrá llegado á revestirle de realidad.

Todo este estudio, repetimos, de las condiciones toreras de este matador, van encaminadas á este solo fin.

Nos hemos fijado en el principal defecto, y suplicámosle al aludido diestro ceda paso á nuestra imparcialidad.

Señor *Chicorro*... lo del rey al capitán normando:

*Para algo habeis nacido  
según publica la fama.*

Alegrías.

MATEITO.—PUNTERET.—LABI.

Siguiendo nuestra costumbre, no publicamos revista detallada de las corridas, bien sean éstas de novillos ó de toros de punta, en el promedio de la cañuela. Sin embargo, dada la importancia que el trabajo de estos jóvenes matadores pudiera tener para el porvenir de cada uno en particular, y sobre todo para el prestigio de nuestra fiesta popular, teníamos escrito un artículo crítico referente al trabajo de los mismos, habido lugar ayer en la Plaza de Madrid, y que retiramos, bien á pesar nuestro, por falta de espacio en nuestras columnas.

En el número próximo le insertaremos, seguros de que excitará el interés de los aludidos diestros.

*¡Ay que en todo comienzo de una cosa  
la más pobre lección es provechosa.*

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Administración: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre, 2.50 pesetas.

Imprenta de José M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, 6,